

A LA CONTRA

por DAVID BARBA

Cristina Bejarano



«Siento pena hacia las sociedades occidentales por su obstinación en ignorar el resto del mundo»

JAUME SANLLORENTE ■ DIRECTOR DE UN ORFANATO EN BOMBAY

«Le he perdido el miedo a la muerte»

-¿Qué hace un chico como usted en un lugar como Bombay?

-Vengo de una familia acomodada. No sabía lo que era la pobreza. En Barcelona, era un periodista económico eternamente encorbatado.

-¿Se fue allí a hacer turismo?

-En realidad, quería irme de vacaciones a África, pero en la agencia de viajes me convencieron para hacer un tour llamado «India en Libertad». ¡Feliz casualidad!

-¿Y se fascinó con tanto incienso?

-¡Todo lo contrario! La miseria de la India me deprimió. Quise volver a Barcelona enseguida. Pero no podía dejar de pensar en todo lo que había visto. Y decidí regresar.

-¿A dónde le llevó su segundo viaje?

-Aterricé en Bombay. Una tarde me vi dentro de un taxi, en un atasco en Matunga, un barrio de barracas. Bajé a caminar y me acerqué hasta el mar. Allí encontré a Pooja.

-¿Quién era?

-Una niña con una gran sonrisa. Estaba muy sucia. Un 60 por ciento de los 20 millones de habitantes de Bombay malvive en habitáculos de cartones y uralita, y la casa de Pooja no era una excepción.

-Hay quien piensa que los pobres son felices como están.

-No sabemos nada sobre lo dura que es la pobreza más allá de la tele. Lo más irónico es que es mucho más fácil de erradicar de lo que nos gusta reconocer. Sólo que no hay voluntad de hacerlo.

-¿Le dan rabia los millonarios?

-A veces me dan lástima. Otras, siento pena hacia las sociedades occidentales por su obstinación en ignorar al resto del mundo.

-¿Siguió visitando barracas?

-Visité varios infiernos: un periodista inglés describió Kamathipura como «el infierno en la Tierra».

-¿Qué hay en Kamathipura?

-Es el distrito de prostitución más grande de Asia. Se me ocurrió entrar en una barraca... Mientras escuchaba

los jadeos de los clientes, vi al bebé de una prostituta en el suelo. Tenía algo en la boca...

-No quiero saber qué era.

-Estaba jugando con un preservativo usado. La imagen de ese niño me marcó.

-¿Aún le quedaron fuerzas para visitar un orfanato.

-Llegué a Karuna poco antes de regresar a Barcelona: 40 niños estaban a punto de quedarse en la calle por falta de fondos. Habrían sido pasto de las mafias.

-¿Qué hacen con ellos?

-Los prostituyen o los obligan a mendigar. A menudo, les cortan alguna extremidad para que den más pena. ¡Y no hablo de unos po-

cos casos aislados! Hay un boyante negocio de alquiler de niños para pedir limosna.

-¿Qué fue de sus 40 huérfanos?

-Comenzaron a contarme sus historias. Muchos habían sido violados, agredidos o habían pasado hambre. Cuando volví a Barcelona, decidí hacer algo.

-¿Cree en las causas perdidas?

-No aspiro a cambiar el mundo: hoy, la oenegé Sonrisas de Bombay acoge a 3.000 niños. Les damos una educación. Y punto.

-¿Y las clases altas del país no hacen nada?

-Durante una cena en una embajada, un invitado me preguntó a qué me dedicaba. Le conté que mis jefes eran los pobres. Se burló: «Entonces, no le deben pagar mucho». Estuve toda la cena en silencio.

-No es para menos.

-Después me preguntó por qué había pasado la noche tan serio. Le contesté: «¡Hombre! Amíme pagan con sonrisas; no le daré a usted mis miserias».

-¡Touché!

-Ese hombre abrió el corazón. Al día siguiente, recibí una carta suya de disculpas y un cheque. Su donativo alimentó el orfanato durante meses.

En 20 líneas

Un orfanato de Bombay sobrevive gracias a un catalán que decidió pasar sus vacaciones en la India y volvió prendado de las sonrisas de 40 huérfanos. Hoy, son 3.000 los niños que comen y estudian gracias a la epifanía del joven Jaime Sanlloriente.

Amenazado de muerte por arrancar a muchos chicos de manos de las mafias de la prostitución, este antiguo periodista cuenta su historia en «Sonrisas de Bombay» (Plataforma), un libro capaz de cambiar de raíz nuestros prejuicios sobre la pobreza.

Replicantes



De tanto en tanto, me viene a la mente «Blade Runner» porque, a qué engañarnos, hay tiempos en los que a una lo que le

apetecería ser un replicante —no siempre, sólo un ratito para descansar—, como Rutger Hauer, un robot «más humano que los humanos», con una virtud de serie: carece de sentimientos y de empatía. Son impermeables a cualquier sobresalto vital, todo les resbala. Sería práctico porque, tampoco es cuestión de ponernos una venda en los ojos, eso de «pienso, luego existo», que se sacó Descartes de la manga no es exacto: lo más común es «pienso, luego enloquezco» y vamos por ahí cuales misiles sin objetivo claro procurando no pocos daños colaterales. Como replicante ni se siente, ni se padece, tampoco existe el sentimiento de culpa, ese fardo engorroso que nos convierte en seres tan pesados.

Desgraciadamente no tengo la propiedad intelectual de

Se les descubre por la determinación con la que se mueven ante los conflictos

la idea. Si se fijan, en los últimos años abundan los replicantes en la política, los negocios, los afectos... Es difícil distinguirlos de tan humanos que parecen hasta que se descubren sin necesidad de pasar la prueba del algodón, sólo con comprobar la agilidad, y la determinación, con la que se mueven entre los conflictos.

Pero, como ocurre en la película, hay un día que reniegan de su naturaleza porque quieren desear, da igual lo que sea: envidia, codicia, poder, no dejarse llevar por la inercia... Hasta están dispuestos a morir matando, lo que no parece que sea muy operativo, pero los humanos somos así. Entre su entidad pluscuamperfecta y la nuestra errática, optan por la segunda que es mucho más entretenida... Sólo hay que vernos, sintiendo y sufriendo por no ser capaces de decir lo siento. ¿Veremos en los próximos meses quién es el replicante que lo dice primero?